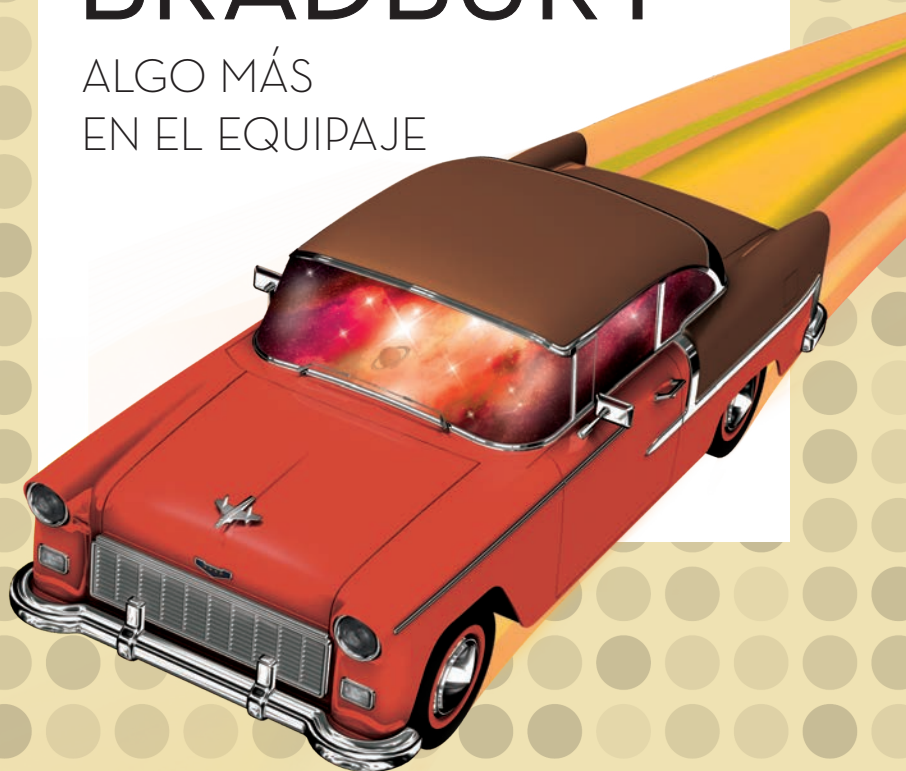


minotauro

# RAY BRADBURY

ALGO MÁS  
EN EL EQUIPAJE



**RAY**  
**BRADBURY**  
ALGO MÁS EN EL EQUIPAJE

minotauro

*Algo más en el equipaje*

*One More for the Road*

Copyright © 2002 Ray Bradbury

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro

ISBN: 978-84-450-0755-6

Depósito legal: B. 19.889-2022

*Printed in EU / Impreso en UE*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

## Primer día

Charles Douglas echó un vistazo al periódico mientras desayunaba y vio la fecha. Dio otro mordisco a la tostada, miró de nuevo y dejó el periódico sobre la mesa.

—Dios mío —dijo.

Alice, su mujer, se sobresaltó y levantó la mirada.

—¡Mira la fecha! Catorce de septiembre.

—¿Y? —preguntó Alice.

—¡Es el primer día de colegio!

—Repítelo.

—Es el primer día de colegio, ya sabes, las vacaciones de verano han terminado y todo el mundo vuelve a clase, las caras de siempre, la gente de siempre.

Alice miró detenidamente a su marido, pues había comenzado a levantarse de la silla.

—Explícate.

—¿Es o no es el primer día? —inquirió Charlie.

—¿Y a nosotros qué más nos da? —quiso saber Alice—. No tenemos hijos, no conocemos a ningún profesor, ni siquiera tenemos amigos con niños que vivan cerca de aquí.

—Ya, pero... —dijo Charlie con una voz rara, tomando de nuevo el periódico—. Hice una promesa.

—¿Una promesa? ¿A quién?

—A mi antigua pandilla —respondió—. Hace años.  
¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—Será mejor que nos demos prisa, o nos lo perderemos.

—Te serviré más café —dijo Alice—. Tranquilízate. Dios mío, tienes un aspecto horrible.

—Es que acabo de recordarlo. —Charlie observó a su mujer mientras le rellenaba la taza—. Hice una promesa. Ross Simpson, Jack Smith, Gordon Haines y yo casi hicimos un juramento de sangre. Prometimos que nos reencontraríamos el primer día de clase cuando se cumplieran cincuenta años de nuestra graduación.

Alice volvió a sentarse y soltó la cafetera.

—¿Todo esto tiene que ver con el primer día de colegio de 1938?

—Sí, 1938.

—Y te pasabas el día holgazaneando con Ross, Jack y... cómo se llamaba el otro...

—¡Gordon! Y no solo holgazaneábamos. Sabíamos que estábamos a punto de salir al mundo y que seguramente no volveríamos a vernos en años, o nunca, pero hicimos el solemne juramento de que nos acordaríamos de volver, pasara lo que pasara, aunque tuviéramos que venir desde la otra punta del mundo, y nos reencontraríamos delante del colegio, junto al asta de la bandera, en 1988.

—¿Todos lo prometisteis?

—Solemnemente, sí. Y yo sigo aquí sentado cuando debería estar saliendo como un rayo por la puerta.

—Charlie —dijo Alice—, ¿es que ya no recuerdas que tu antiguo colegio está a más de sesenta kilómetros de aquí?

—Son cuarenta y cinco.

—Pues cuarenta y cinco. ¿Y vas a conducir hasta allí y...?

—Llegaré antes del mediodía, ya lo creo.

—¿Sabes lo que me parece esto, Charlie?

—Una locura —respondió él lentamente—. Adelante, dilo.

—¿Y qué pasa si llegas allí y no aparece nadie más?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie elevando la voz.

—Quiero decir que a lo mejor eres el único idiota lo suficientemente loco para creer que...

—¡Lo prometieron! —la interrumpió Charlie.

—¡Pero eso fue hace una eternidad!

—¡Lo prometieron!

—¿Y si al cabo de tantos años han cambiado de opinión, o simplemente lo han olvidado?

—Jamás lo olvidarían.

—¿Por qué?

—Porque éramos inseparables, eran mis amigos del alma. Nadie ha tenido nunca unos amigos así.

—Ay, Señor —suspiró Alice—. Qué triste y qué ingenuo eres.

—¿Eso piensas de mí? Dime una cosa, si yo lo recuerdo, ¿por qué no iban a hacerlo ellos?

—¡Porque no hay otro más chiflado que tú!

—Muchas gracias.

—¿Es que no es verdad? Solo hay que echar un vistazo arriba, a tu despacho. Está lleno de trenecitos, muñecos, juguetes, carteles de películas...

—¿Y?

—Mira tus archivadores. Están repletos de cartas de 1960, 1950, 1940. Eres incapaz de tirar nada.

—Son especiales.

—Lo son para ti. Pero ¿de verdad piensas que esos amigos, o extraños, han guardado tus cartas como tú guardas las tuyas?

—Escribo unas cartas muy buenas.

—De acuerdo. Pero llama a cualquiera de los que las han recibido y pídele que te devuelva alguna. ¿Cuántas crees que te enviará?

Charlie no respondió.

—Cero patatero —dijo Alice.

—No es necesario que hables así —protestó Charlie.

—¿«Cero patatero» es una expresión malsonante?

—Si empleas ese tono, sí.

—¡Charlie!

—¡No me hables como si fuera un niño!

—¿Qué me dices del trigésimo aniversario de tu grupo del club de teatro, cuando fuiste corriendo con la esperanza de ver a una cabeza de chorlito llamada Sally no sé qué y ella no te recordaba, ni siquiera sabía quién eras?

—Tú continúa, continúa —dijo Charlie.

—Oh, Dios mío —repuso Alice—. No quiero aguar-te la fiesta, pero no me gusta verte sufrir.

—Esas cosas no me afectan.

—¿Ah, no? Hablas de elefantes y luego sales a cazar libélulas.

Charlie se había puesto en pie. Con cada comentario de su mujer crecía un poco más.

—El gran cazador se va —dijo Charlie.

—Eso es —suspiró agotada Alice—. Vete.

—Estoy en la puerta.

Alice miró a su marido.

—He salido.

Y la puerta se cerró.

«Dios mío, parece Nochevieja», pensó Charlie.

Pisó el acelerador a fondo y levantó el pie, volvió a pisarlo y lo soltó lentamente, al ritmo del zumbido de colmena que le retumbaba dentro de su cabeza.

«O Halloween, ya entrada la noche, cuando la diversión ha terminado y todo el mundo vuelve a casa», se dijo. ¿A qué celebración se parecía más?

De manera que avanzaba a una velocidad constante, mirando continuamente el reloj. Aún tenía tiempo, claro que sí, tiempo de sobra, pero debía llegar a su destino al mediodía.

¿Qué demonios estaba haciendo?, se preguntó. ¿Tenía razón Alice? ¿Estaba haciendo el tonto y este viaje era una absoluta pérdida de tiempo? ¿Por qué creía que era tan importante? Después de todo, ¿quiénes eran esos tipos, ahora unos desconocidos, y qué habían estado haciendo? Ni una carta, ni una llamada telefónica, ni un encuentro casual en la calle, ni una necrológica. «¡Tacha esto último! Pisa el acelerador, relájate, por Dios —se dijo—. Estoy impaciente por llegar.» Rio estridentemente. ¿Cuándo fue la última vez que dijiste eso? De niño eras impaciente, tenías una lista de las cosas que esperabas con impaciencia. ¿La Navidad? Dios mío, siempre faltaban un millón de años para que llegara. ¿Pascua? Medio millón. ¿Halloween? Ay, mi querido Halloween... Las calabazas, las carreras, los gritos, los golpes en las ventanas y en los tímbrs de las puertas, y las máscaras, el aliento caliente con olor a cartón en la cara. ¡Todos los Santos! El mejor día del año. Pero parecía haber pasado en otra vida. Y el Cuatro de Julio, con sus grandes expectativas, el empeño en ser el primero en levantarse de la cama, vestirse a toda prisa y salir a la calle, el primero en encender los cohetes, ¡el primero en hacer saltar por los



aires la ciudad! ¡Eh, escucha! ¡El primero! El Cuatro de Julio. La impaciencia. ¡La impaciencia!

Pero en aquellos tiempos casi todos los días había algo que esperaba con impaciencia. Los cumpleaños, las excursiones al lago fresco en los calurosos mediodías, las películas de Lon Chaney, el Jorobado, el Fantasma. Los esperaba con impaciencia. Excavar cuevas en el barranco. La visita de los magos muy de tanto en tanto. Los esperaba con impaciencia. Se lanzaba de cabeza. A encender las bengalas. Con impaciencia. Con impaciencia.

Aminoró la marcha mirando de frente el Tiempo.

Ya quedaban poca distancia y poco tiempo. El viejo Ross. El querido Jack. Gordon el especial. La pandilla. Los invencibles. Contándose a él no eran tres sino cuatro mosqueteros.

Repasó la lista, y menuda lista. Ross, el canalla guapo, más maduro que los demás a pesar de que todos tenían la misma edad; era brillante, pero no presumía de ello, nunca iba apurado en los estudios y sacaba buenas notas sin esfuerzo. Era un lector voraz, le encantaba el programa de radio de los miércoles de Fred Allen y al día siguiente repetía los mejores chistes. Siempre iba bien vestido, a pesar de su pobreza. Una buena corbata, un buen cinturón, un abrigo, unos pantalones, siempre planchados, siempre limpios. Ross. Sí, así era Ross.

Y Jack, el futuro escritor que conquistaría el mundo y sería el mejor de la historia. Eso pregonaba, eso decía, con seis peniques en el bolsillo y un cuaderno amarillo a punto para destronar a Steinbeck. Jack.

Y Gordon, que se paseaba por el campus sobre los cuerpos de chicas que gemían debajo de él, pues no tenía más que mirar a una mujer para que cayera rendida a sus pies.

Ross, Jack, Gordon, ¡vaya equipo!

A veces conducía rápido y a veces despacio. Ahora despacio.

«¿Qué pensarán ellos de mí? ¿Es suficiente lo que he hecho? ¿Lo he hecho bien? Noventa relatos, seis novelas, una película, cinco obras de teatro... No está mal. Maldita sea, no diré nada. ¿A quién le importa? Tú cierra la boca y déjales hablar a ellos. Tú escucha. La conversación será fantástica.»

«¿Qué será lo primero que nos diremos cuando toda la pandilla se reúna junto al asta de la bandera? ¿Hola? ¡Dios mío, no puedo creerme que hayáis venido! ¿Cómo os va? ¿Qué contáis? ¿La salud bien? Matrimonio, hijos, nietos, fotografías... Desembuchad. ¿Qué, qué?»

«Vale —se dijo—, tú eres el escritor. Piensa en algo más que un saludo, en una manera de celebrar el reencuentro. Escribe un poema. Dios mío, ¿aguantarán un poema? Quizá será demasiado algo así como: Os quiero, os quiero a todos. No. Es demasiado. Os quiero.»

Redujo aún más la velocidad y escrutó las sombras a través del parabrisas.

Pero ¿y si no aparecen? Vendrán. Tienen que venir. Y si vienen todo irá bien, ¿verdad? Sabiendo cómo son los chicos, si les ha ido mal en la vida, si sus matrimonios han fracasado, o les ha pasado cualquier otra desgracia, no aparecerán. Pero si les ha ido bien, maravillosamente bien, seguro que vendrán. Esa será la prueba, ¿no? Si les ha ido bien, recordarán la fecha y acudirán. ¿Verdadero o falso? ¡Verdadero!

Pisó el acelerador convencido de que sus amigos estarían en el lugar acordado. Luego volvió a levantar el pie, convencido de que no acudirían a la cita. Volvió a pisarlo. ¡Qué demonios! ¡Qué demonios!

Y detuvo el coche delante del colegio. Increíblemente encontró sitio para aparcar y vio que apenas había estudiantes alrededor del asta de la bandera, un puñado a lo sumo. Habría deseado que hubiera más para camuflar la llegada de sus amigos, porque seguramente habrían preferido que los demás no los vieran de inmediato cuando aparecieran. ¿O no? Él por lo menos lo habría preferido. Un avance lento a través de la multitud congregada al mediodía y luego la gran sorpresa, ¿no era así como debía producirse el reencontro?

Vaciló mientras bajaba del coche, hasta que una pequeña muchedumbre salió del colegio, chicos y chicas que hablaban todos a la vez y se detenían cerca del asta de la bandera. Eso le hizo feliz, ya que ahora había gente suficiente para ocultar la llegada de los rezagados, cualquiera que fuera su edad. No se volvió inmediatamente después de apearse del coche, pues temía mirar y no ver a nadie allí, que no hubiera acudido ninguno de sus viejos amigos, que nadie hubiera recordado la cita, que todo fuera una gran tontería. Resistió la tentación de volver a subir al coche y marcharse.

El asta de la bandera estaba desierta. Es decir, había gente alrededor de ella, cerca, pero nadie pegado a ella.

Charlie siguió mirando el asta como si así pudiera hacer que alguien se detuviera junto a ella, la tocara.

Le latió más despacio el corazón, pestañeó e instintivamente comenzó a marcharse.

Pero entonces, en los márgenes de la multitud, se movió un hombre.

Era un hombre mayor, con el pelo cano y el rostro pálido, que caminaba con pasos lentos. Un anciano.

Enseguida aparecieron otros dos ancianos.

«¡Oh, Dios mío! ¿Son ellos? —se preguntó Charlie—. ¿Se han acordado? ¿Y ahora qué?»

Los tres ancianos formaban un círculo amplio; no se hablaban, apenas se miraban, no se movían, y así pasaron un largo rato.

«¿Eres tú, Ross?», se preguntó Charlie. Y al ver al siguiente: «Jack, ¿verdad?». Y el último: «¿Gordon?».

Todos tenían la misma expresión en la cara. Dentro de su cabeza debían de estar formándose los mismos pensamientos.

Charlie se inclinó hacia delante. Los demás hicieron lo mismo. Charlie dio un paso muy corto. Los otros tres dieron unos pasos muy cortos. Charlie paseó la mirada por los rostros de los otros. Estos hicieron lo mismo e intercambiaron miradas. Y entonces...

Charlie retrocedió un paso. Tras un largo momento, los otros tres hombres lo imitaron. Charlie esperó. Los tres ancianos esperaron. La bandera ondeó en el asta, agitada por una suave brisa.

Del interior del colegio llegó el sonido de una campana. La hora del almuerzo había terminado y era la hora de entrar. Los estudiantes se dispersaron por el campus.

Una vez que los estudiantes se pusieron en movimiento y la multitud se disgregó, el camuflaje desapareció y ya no había donde esconderse. Los cuatro hombres se quedaron formando un amplio círculo alrededor del asta de la bandera, separados por unos quince o veinte metros, como las cuatro puntas de una brújula en un radiante día de otoño.

Tal vez uno de ellos se humedeció los labios; quizá uno parpadeó; quizá uno adelantó un pie arrastrándolo por el suelo y luego lo retiró. El viento agitaba el cabello blanco que les cubría las cabezas. Una ráfaga

de viento desplegó la bandera en el asta. Dentro del colegio sonó otra campana con un mensaje definitivo.

Charlie sintió que las palabras se formaban en su boca, pero no dijo nada. Repitió los nombres, esos nombres maravillosos, adorados, en susurros que solo podía oír él.

No tomó él la decisión, sino la parte inferior de su cuerpo, cuando dio media vuelta; las piernas la secundaron, también los pies. Dio un paso atrás y se detuvo.

Al otro lado de la gran distancia que los separaba, los desconocidos, azotados por el viento del mediodía, dieron media vuelta de uno en uno, retrocedieron un paso y esperaron.

Charlie sintió que su cuerpo vacilaba y quería avanzar, pero no hacia el coche. Tampoco esta vez tomó él la decisión. Sus zapatos, incorpóreos, se lo llevaron de allí.

Lo mismo hicieron los cuerpos, los pies y los zapatos de los desconocidos.

Ahora él caminaba, ahora ellos caminaban, todos en distintas direcciones, lentamente, mirando de soslayo el asta que iba quedándose desierta y la bandera abandonada que flameaba silenciosamente, el césped vacío que se extendía delante del colegio, en cuyo interior era el momento de las voces altas, las risas y las silbas que se arrastraban por el suelo para colocarse en su sitio.

Todos caminaban, mirando con el rabillo del ojo el asta de la bandera que dejaban atrás.

Charlie se detuvo un momento, incapaz de mover los pies. Echó un último vistazo atrás y sintió un hormigueo en la mano derecha, como si esta quisiera alzarse. La levantó ligeramente y la miró.

Y entonces, a unos sesenta o setenta metros de él, más allá del asta de la bandera, uno de los desconoci-

dos, mirándolo de soslayo, levantó la mano en el aire y saludó quedamente con ella una vez. Al verlo, otro anciano hizo lo mismo; también el tercero.

Charlie observó cómo su mano y su brazo se alzaban lentamente y las puntas de sus dedos se movían de manera casi imperceptible en el aire. Alzó la vista hacia la mano y luego la volvió hacia el resto de los ancianos.

«Qué equivocado estaba, Dios mío —pensó—. No es el primer día de colegio. Es el último.»

Alice estaba en la cocina friendo algo que olía bien.

Charlie se quedó en la puerta un momento.

—Hola —dijo ella—, entra y siéntate.

—Claro —contestó Charlie. Se acercó a la mesa del comedor y se fijó en que estaba puesta con la mejor cubertería, la mejor vajilla y las mejores servilletas, y en que estaban encendidas las velas que solían reservar para las cenas a la hora del crepúsculo.

Alice esperaba en la puerta de la cocina.

—¿Cómo sabías que volvería pronto? —preguntó Charlie.

—No lo sabía. Te he visto aparcar. El beicon y los huevos se hacen rápido. Enseguida estarán listos. ¿Por qué no te sientas?

—Buena idea. —Puso la mano en el respaldo de una silla y miró detenidamente la cubertería—. Me sentaré.

Se sentó. Alice entró, le besó en la frente y regresó a la cocina.

—¿Y bien? —le gritó desde la cocina.

—¿Y bien qué?

—¿Cómo ha ido?

—¿Cómo ha ido el qué?

—Ya sabes —dijo ella—. El gran día. Todas esas esperanzas. ¿Apareció alguien?

—Por supuesto —respondió Charlie—. Todos.

—Bueno, pues cuenta.

Alice apareció por la puerta de la cocina con el bacon y los huevos. Observó con atención a su marido.

—¿Decías...?

—¿Quién? ¿Yo? —Charlie se inclinó sobre la mesa—. Ah, sí.

—Bueno, ¿teníais mucho de qué hablar?

—Nosotros...

—¿Sí?

Charlie miró el plato vacío que tenía delante, en el que cayeron algunas lágrimas.

—¡Ya lo creo! —exclamó elevando exageradamente la voz—. Nos hemos pasado el día hablando.